

grandes cuernos á la cabeza, y otros arréos por el mismo estilo, dando voces y gritos, haciendo visajes, y corriendo como unos desesperados; lo cual constituía una especie de parodia del carnaval. Un hombre místico hubiera creído ver en aquellas extrañas figuras la imagen de los espíritus malignos que disfrazados en figuras de feos animales y feroces bestias dicen las leyendas que tentaban al santo cenobita tratando de atterrarle con espantosos ahullidos, con gritos horribles y visiones horrorosas. Pero yo Fr. Gerundio no veía en ellos sino la alegría y los caprichos de la edad pueril; de esa edad en que no afligen los males, porque no se conocen los males. Así es que yo no pude menos de esclamar: «dichosos vosotros, hijos míos, que nada temeis y por nada os alterais. ¿Qué os aflige á vosotros que Alhucemas se pierda, ni que se lleve el diablo á Melilla, ni que Centa y el Peñon peligren? ¿Qué os inquieta á vosotros la pérdida de 300 piezas de batir, la falta de 4000 quintales de pólvora, ni otras zarandajas como estas? Hijos míos, dichosos vosotros y Martínez de la Rosa, que por nada tomáis aprension, ni nada os quita el sueño, ni os curais de los peligros, ni los adelantos de don